

CAFÉS CANTANTES EN LOS CAMPOS ELÍSEOS*

Hemos hablado varias veces a nuestros lectores de los Campos Elíseos, ese magnífico paseo que, comenzando en la plaza de la Concordia, una de las plazas más bellas del mundo, viene a terminar en el gigantesco arco de triunfo de la Estrella. A la izquierda de este paseo está el Palacio de la Industria y de las Artes, donde se ha verificado este año la exposición. Enfrente casi está el gran jardín de la exposición de horticultura. Al atravesar los Campos Elíseos se cree uno transportado a *Las mil y una noches*. No hay hipérbole bastante para describirlo. Es una cosa verdaderamente hermosa, grande, alegre, brillante y amable, rica y elegante, popular y aristocrática. Yo no sé que haya un sitio donde se hallen reunidas todas estas cosas más que este. Cada uno obra allí en conciencia y por su cuenta. Los unos van para ser vistos, los otros para ver. Allí se pasea en coche, a caballo, y allí se está sentado, allí se juega, y sobre todo se ríe. Hay hasta sitios donde se puede meditar en el ruido lejano del océano parisiense. Es el país grave de los jóvenes buenos mozos y de las coquetas, el imperio de los vendedores de caballos y de los saltimbanquis. Para todos, el verdadero Campo Elíseo, no el que entrevemos entre las nubes de la antigüedad, y en el que pálidos héroes pasean las sombras melancólicas de su pasada grandeza bajo los sombríos bosques, sino los Campos Elíseos positivos, donde se bebe al aire libre, un Eldorado donde se ven caballos de madera y caballos vivos a elección: cosas prosaicas y poéticas a la vez, teatrillos elegantes y bufones, titiriteros, perros sabios, juegos de todas clases, una ensalada, en fin, de talento y de tonterías. Tales son, a vista de pájaro, los Campos Elíseos.

Este paseo es el fórum de todos los payasos de Francia. Allí se ve la gigante, el cocodrilo vivo, la sirena o la mujer pescado, sin contar toda clase de animales de dos cabezas, de tres o de cinco patas, físicos, magnetizadores, hércules y acróbatas. La mujer gorda que pesa trescientas libras y no tiene más que diecisiete años, y su compañero el hombre esqueleto, que solo gasta al día algunas onzas de pan, lo que prueba que la profesión de este desgraciado es morir de hambre para vivir.

Los Campos Elíseos ofrecen de particular que, a dos pasos de la elegante y encantadora calzada, sobre la que desfila de tres a cinco de la tarde París elegante, sus coches con armas y blasones, los carruajes diplomáticos y esas ligeras carretelas suspendi-

* s. f., «Estudios de costumbres. Cafés cantantes en los Campos Elíseos», *Museo de las Familias*, XIII (1855), pp. 280-281. II.

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002558831&search=&lang=es>

El texto es traducción de algunos párrafos de «Le Nouveau Paris. Les plaisirs des Champs-Élysées» de Hyppolyte Castille, publicado en el número de octubre de 1854 de *Musée des Familles*, pp. 2 y 7-8. En la revista francesa abre el número. Su parte central se dedica a la descripción de los espectáculos circenses.

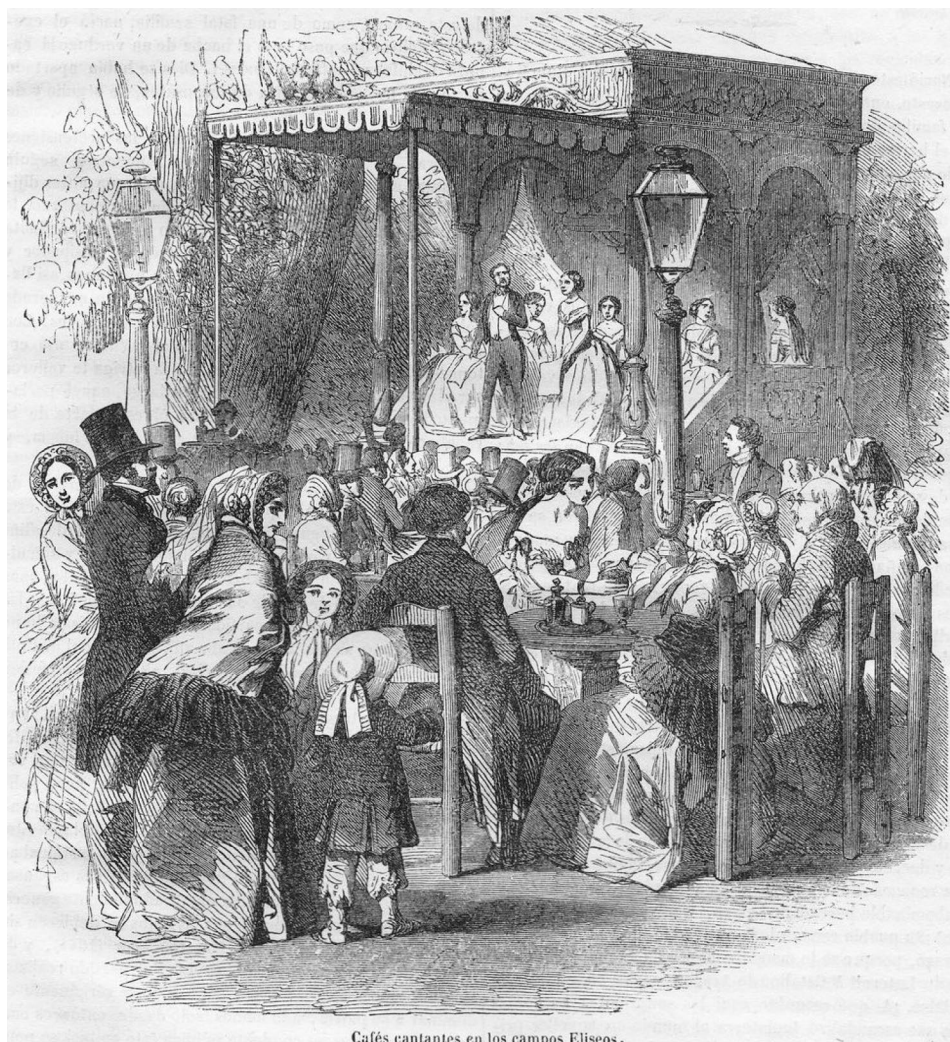
das por el placer y la galantería, lucen todo el lujo de su miseria los pobres, rodeando a los histriones de la multitud, confundiéndose así las alegrías populares con los placeres de la sociedad elegante. Si después de haber paseado y recorrido los Campos Elíseos tan llenos de incidentes se siente uno con apetito y tiene una necesidad de comer, encuentra elegantes pabellones donde, saboreando las maravillas de la cocina parisiense, ve pasar los carruajes, ve la multitud bajo los árboles y correr las aguas de las fuentes.

Pero apenas comienzan a iluminar el cielo las constelaciones nocturnas, cuando por todas partes los Campos Elíseos brillan con millares de luces de gas. «Ave María, ¡bendita sea esta hora encantadora!», decía lord Byron, «¡es el viento el que se estremece y vibran las hojas!». No, son los primeros rumores de las orquestas que templan sus instrumentos debajo de los árboles. La noche baja sobre la tierra. En las calles más sombrías pasan susurrando parejas acopladas, familias enteras. Dulces coloquios de la noche, pasos armoniosos de los últimos paseos, roce de los vestidos cuya seda barre la tierra. Vosotras, amables y fugitivas impresiones, sois vosotras lo que se busca desde tan lejos y con tantos inútiles trabajos: la felicidad.

Ahora elegid el espectáculo que queráis, y si preferís permanecer al fresco, al aire libre, id a sentaros en uno de esos bonitos cafés que pueblan los Campos Elíseos. Saboreando una taza de café, un vaso de sorbete o una botella de cerveza, disfrutaréis de los placeres del teatro. Delante de vuestros ojos se levantan pabellones dispuestos a manera de escena. El lujo y la elegancia han presidido a su construcción. Las pinturas, el oro, el terciopelo, las flores y la luz están allí distribuidas con arte. Una orquesta entera ocupa el fondo del pabellón. En la parte de delante, sobre sofás colocados en círculo, están sentadas lindas y preciosas cantoras vestidas de blanco, escotadas, con manga corta y guantes largos.

Sin duda el canto y la música no es tan bueno como el de la ópera italiana, pero asombra que se pueda hacer tanto con tan poco. La generosidad del consumidor debe subvenir a todos estos gastos. Sorprende, sobre todo, oír muchas veces cantar muy bien y con gusto piezas difíciles que necesitan al menos muchos estudios músicos. ¡Ay!, es que entre estos cantores al aire libre se encuentran desgraciados artistas que los rigores de la fortuna reducen a la más dura extremidad. Así es como en todos los grados París oculta sus miserias y dolores. No hay necesidad de tener un corazón de aficionado a la música para lamentar estas anomalías.

Pero llega la hora fatal. Suenan las doce. El último golpe del arco del violín se pierde bajo los arcos de árboles arrebatado por un tiempo más fresco. Pero aún ruedan los coches, aún circulan las gentes de a pie, en vano aguarda la luna la hora de las invocaciones. Pasará la noche. La estrella de la mañana habrá arrojado su moribunda luz sobre los pálidos humanos antes que los paseantes hayan dejado de surcar la vía Apia de esta segunda ciudad eterna, los Campos Elíseos...



Cafés cantantes en los campos Eliseos .

Fig. 18. *Cafés cantantes en los Campos Elíseos*, p. 281.**

** En el *Musée des Familles*, la litografía «Un café chantant aux Champs-Élysées. Dessin de G. Janet» se encuentra en la p. 8 (J. Fagnion S.C. - Gustave Janet). Véase la primera nota de este artículo.